

El sermón del emperador

Era el 5 de diciembre de 1813 y, como todos los primeros domingos de diciembre, los pueblos y ciudades de Francia celebraban el aniversario de la coronación del emperador y de la gran victoria en la batalla de Austerlitz. A pesar del poco tiempo transcurrido, las cosas habían cambiado mucho desde aquellos acontecimientos tan gloriosos. La fuerza arrolladora de las tropas francesas era ahora debilidad y hastío ante el horror de la guerra. El aura heroica de Napoleón había desaparecido hacía mucho tiempo entre acusaciones de imprudencia, temeridad y nepotismo.

A pesar de todo esto, la catedral de San Juan lucía como nunca. Desde las primeras horas de la mañana, el gentío se había congregado en la plaza, con la esperanza de ver de cerca a lo más granado de la sociedad lionesa. Los vendedores ambulantes habían instalado sus tenderetes en los extremos de la plaza formando un anillo multicolor que animaba todo lo que había dentro. Había puestos de pequeños objetos como molinillos de viento para los niños, flautas artesanales hechas de cañas, utensilios de cocina en madera de boj, vasijas provenientes de calabazas pintadas y escarapelas tricolores fabricadas en tela, que era el producto estrella desde los tiempos de la revolución. También estaban los tenderetes que vendían dulces y alimentos, almendras garrapiñadas, mantecados caseros, regaliz de palo, magdalenas, etc.

El notario Jean-César Casati y el rico propietario Jean-Marie Delacroix D'Azolette eran amigos desde niños. Casati tenía oficina abierta en el centro de Lyon. D'Azolette vivía en su castillo de Propières, cabeza de la comuna de Azolette, a unos 60 kilómetros de Lyon. Eran hombres todavía jóvenes, hombres de mundo acostumbrados a aparecer en todos los eventos ciudadanos en los que merecía ser vistos. Pero también eran hombres de acendrada fe, creyentes sin beaterías ni inciensos. Habían quedado en la plaza para entrar juntos en la catedral de San Juan. Ingresaron en la iglesia, y el notario Casati y el propietario d'Azolette ocuparon la esquina de un banco situado junto a uno de los pilares del crucero. Esa posición privilegiada les permitía observar todo el presbiterio y analizar quien se sentaba en los primeros lugares destinados a las autoridades

–Este va a ser el acontecimiento del año –dijo Casati acomodándose en el banco.

–Veremos –respondió el propietario, como hombre acostumbrado a mirar la calidad del paño antes de comprarlo.

–El predicador es una joven promesa de nuestra oratoria sagrada, quizás demasiado joven para un discurso de tanta responsabilidad como el de hoy –continuó Casati, más informado de los asuntos ciudadanos que su amigo que, al fin y al cabo, vivía fuera de la ciudad.

–Mi hermano el cura, lo conoce bien. Habla maravillas, no solo de sus cualidades oratorias, sino también de su bondad personal y la caridad con los pobres, aunque también me dice que es algo vehemente.

La entrada al interior del templo estaba restringida: solo tenían paso libre los ciudadanos ilustres de las administraciones civil, judicial y religiosa, junto a los miembros destacados del comercio y de la vida ciudadana. A pesar de ello, minutos antes de comenzar la misa, dentro de la iglesia no había un alma más. Presidía la ceremonia monseñor Fesch que, ya sentado en su silla episcopal, se hacía acompañar de los tres vicarios de la ciudad, todos ataviados con sus mejores hábitos

sagrados. En cuanto el maestro de ceremonias dio la señal, las voces del Te Deum llenaron hasta colmarlas las bóvedas góticas de San Juan.

En los bancos se observaban una variedad de hombres y mujeres provistos con sus mejores galas. Las señoras llevaban vestidos largos donde dominaban los tonos blancos y cremas. Los hombres lucían casacas, muchas rojas, otras azules, siempre adornadas con insignias militares.

–Mire al Señor alcalde. Allí está en primera fila, orgulloso como un pavo –dijo Azolette haciendo una breve gesto con la vista en dirección al banco de autoridades.

–No hable de pavos, que se acerca la navidad y no tienen buen futuro –replicó con media sonrisa Casati.

–¿Conoce aquella muchacha que acaba de entrar? –dijo Azolette señalando a una joven distinguida que se estaba acomodando en el banco familiar.

–Supongo que es de la familia Thévenet.

–Efectivamente –añadió el propietario–. Es Claudine, el consuelo de sus padres desde que perdieron a sus dos hijos mayores en las horribles matanzas del terror.

–¿No se ha casado? –preguntó Casati.

–Aunque ha tenido varios pretendientes, no parece apetecer el matrimonio. Pertenece a varias asociaciones ciudadanas que se dedican a la caridad. Yo creo que terminará entrando en religión.

Un Aleluya cantado a 5 voces culminó la lectura latina de la Palabra De Dios. Cuando dejaron de oírse los ecos de la última nota del órgano, el joven Coindre se levantó de la silla que ocupaba junto al vicario Bochard y se dirigió con paso decidido hacia el hermoso púlpito de la catedral. Vestía una sobrepelliz blanquísima, casi transparente, que contrastaba con el hábito negro que llevaba debajo. Subió con determinación el tramo de escaleras que conducía a la cátedra y al llegar arriba se detuvo brevemente junto al atril y miró a la multitud que esperaba sus palabras. Besó un pequeño crucifijo que llevaba en la mano y dijo en latín:

Habebitis autem hanc diem in monumentum; et celebrabitis eam sollemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno. Y a continuación tradujo con una resonante y perfecta dicción : *Esta solemnidad servirá de recuerdo público de la protección del Señor; la celebraréis de generación en generación con un culto eterno a la gloria del Altísimo.*

–Se ha saltado la “captatio benevolentiae” –susurró Casati, que había estudiado retórica clásica en el escuela de leyes.

–¿Qué diablos es eso? –preguntó el de Azolette

–Cuando el orador comienza el discurso debe congraciarse con el auditorio mediante un acto de humildad del tipo “soy un lionés más como vosotros”, “disculparéis por anticipado mi lengua quebrada y la pobreza de mis argumentos”, “los mejores oradores de nuestra ciudad me han admitido inmerecidamente en la mesa sagrada”. Algo así.

–Todos los que estamos en la catedral sabemos que este joven procede de una familia de comerciantes más bien modestos, que no tiene fortuna personal y que ahora mismo está de vicario en Bourg, que tampoco es el Vaticano. O sea que creo que no necesita más actos de

humildad, ya los trae de casa –dijo el propietario, añadiendo, como casi siempre, unas dosis de realismo al mundo aristocrático del notario.

La fuerza y el poder de convicción del orador fueron ganando al auditorio. Nadie se perdía ni una sola de las palabras que pronunciaba, añadiendo a la fuerza del lenguaje el calor de los gestos. ¡Es una bendición de Dios cuando surge un gobernante que es amante de su pueblo y ejemplo para toda la Iglesia! Napoleón, guiado por Dios, ha unido otra vez a la nación, derrotado a los enemigos extranjeros, terminado con la guerra civil, restaurado a los sacerdotes cristianos y abierto otra vez los templos.

–Dijeron que hoy iba a estar aquí el emperador, pero las noticias que llegan del frente de batalla en Leipzig nos son las más halagüeñas –dijo Azolette.

–Es una pena –respondió Casati–. Estoy seguro de que al emperador le habría gustado oír lo que este joven predicador está diciendo de él.

–Así lo creo yo también, a pesar de que las palabras que ha dicho el joven Padre Coindre pertenecen a un mundo que ya ha pasado. La gloria y el poder del imperio están a punto de derrumbarse –vaticinó d’Azolette.

El predicador terminó el sermón con el auditorio entregado. El cardenal Fesch sonreía levemente mientras el joven sacerdote pasaba por su lado y se dirigía a su asiento para recuperar el anonimato en aquella celebración en la que había sido el principal invitado.